

Una voz en el desierto. La voz que clama es transmisora de verdad y da vida al desierto estéril. Voz que resuena incansablemente, como el sol que vuelve a aparecer sobre la destrucción y muerte de ciudades desoladas por terremotos o guerras. Una voz que, como dice San Agustín, "no es la Palabra" pero, por cierto, le otorga sonoridad. Sin ella la Palabra no es percibida y, por lo mismo, no llega a la mente y al corazón del hombre. Es preciso dejarse invadir por ella, ya que indica la presencia de Cristo, y cultivar su resonancia. ¿Qué nos dice esa voz? "Produzcan el fruto de una sincera conversión, y no se contenten con decir: 'Tenemos por padre a Abraham'. Porque yo les digo que de estas piedras Dios puede hacer surgir hijos de Abraham".¹ El Adviento es tiempo de conversión. La Iglesia nos ofrece la Palabra que adquiere sonoridad en la voz del profeta. La voz podrá ser suave, como procura serlo en quien les habla cada domingo, pero la Palabra confronta y estalla como el relámpago. Se la traiciona si quien debe hacerla escuchar cede cobardemente ante amigos seductores o enemigos amenazantes.

2.- *La sabiduría de los humildes.* La vigorosa predicación de Juan el Bautista no está dirigida contra persona alguna, aunque ocasionalmente señale a algunos sectores e individuos, sino contra el mal. Su exhortación, expresada en los términos más enérgicos, comprende gestos de entrañable amor hacia quienes la dirige. En esto también es precursor de Jesús. La soberbia, que impermeabiliza el corazón, establece una cortina de humo entre la verdad propuesta y quien la recibe. La humildad, mencionada con tanta

¹ Mateo 3, 8-9.

frecuencia, es base de virtudes y predisposición necesaria para no caer en la estupidez. Me refiero a esa dolorosa consecuencia como lo hace el diccionario de la lengua española: "*estupidez: torpeza notable para entender las cosas*". El sabio, el que sabe poner en actividad sus talentos intelectuales, a veces geniales, es constitucionalmente un ser humilde. Si no lo es, aunque logre éxitos relativos notables, se vuelve torpe y termina mal conduciendo su capacidad. El llamado a la conversión incluye la renuncia al proyecto personal y antojadizo para adoptar el de Dios, o, en categorías menos confesionales, para reconocer la verdad como viene propuesta.

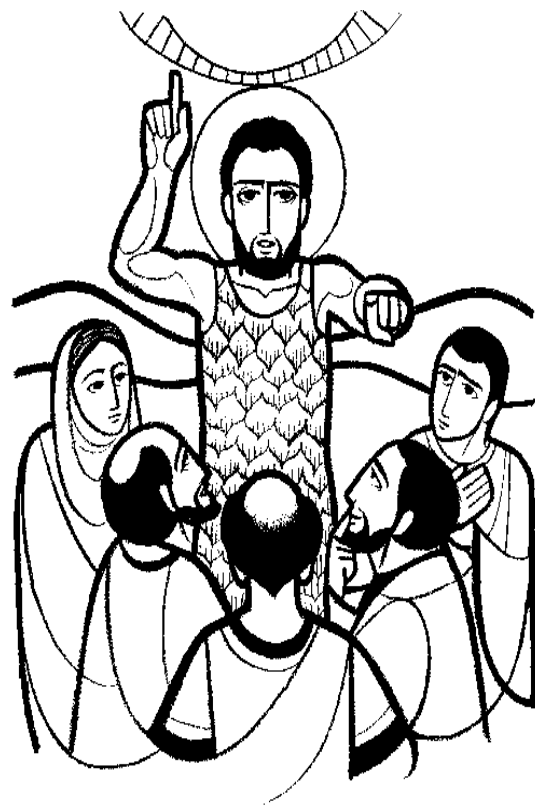
3.- *Enfoque evangélico ineludible.* ¿Qué lejos estamos del ideal propuesto por la predicación de Jesús y del Bautista! Tarde o temprano nuestras realizaciones, mientras las consideremos absolutas e insuperables, naufragan lastimosamente. Para retomar la senda perdida se necesita el reconocimiento humilde del error y el regreso a la verdad olvidada. Asegurada la humildad, que no consiste en el abandono de las honestas convicciones personales, se crean lazos distintos entre los integrantes de una comunidad. De esta manera es posible el diálogo, y, en consecuencia, la adopción de un rumbo común, respetado por todos los miembros de la misma. Existe el arte de gobernar, de legislar y de administrar la justicia; debe ser estudiado y aprendido desde los hogares y las aulas iniciales de la enseñanza. Incluye un proyecto de largo aliento que, desde ya, tendrá que resolver situaciones de dramática urgencia: desocupación, magros aportes laborales y jubilatorios, imposibilidad de acceder a una digna vivienda, a la salud, a la educación y a la protección eficaz contra la delincuencia. Doble e inseparable tarea que corresponderá a las nuevas autoridades, asistidas por el democrático control y la cooperación de todo el pueblo. A quienes sorprenda que la palabra de la Iglesia se ocupe de asuntos tan entrañados en lo

temporal los invito a leer inteligentemente el Evangelio, la doctrina apostólica y las enseñanzas sociales de la misma Iglesia.

4.- *El enemigo de la Palabra.* En el día del juicio no serán reconocidos como de Cristo quienes no hayan comprometido su acción temporal en el servicio de los enfermos, de los hambrientos y sedientos, de los encarcelados y de los solitarios. La Palabra que se predica debe alentar la actividad de los cristianos a cambiar la realidad infectada de hipocresía y de mezquina indiferencia. Su único enemigo es el pecado en sus formas vigentes. Cuando lo enfrenta debe hacerse gesto amable con las personas y severo con el mal que las pone en tal peligro de enfermedad y de muerte. No es fácil ese ministerio y, a veces, puede ser peligroso. El bien de todos merece que los expositores de la Palabra corran ese riesgo. La historia de los mártires está colmada de ejemplos conmovedores. Jesús es el primero de ellos, como lo fue también su santo Precursor. El pecado se adhiere, como una segunda naturaleza, al hombre creado por Dios. La Redención cumple la tarea de liberar al hombre del pecado y de sus consecuencias temporales. Es obra de la gracia de Cristo y requiere, como corresponde, un consentimiento libre de parte del ser redimido.

5.- *La esperanza procede de la seguridad.* Nos aproximamos rápidamente a la Navidad. Es preciso que le ofrezcamos nuestra vida, ciertamente conflictiva y necesitada de la presencia saludable del Redentor, que se ha iniciado en el Belén pobre de todos los pobres. Su contemplación nos auxiliará en momentos como los actuales. La esperanza procede de la seguridad que alienta el Salvador, nacido de María Virgen. ¡Cuánto necesitamos recobrar la esperanza! Hemos corrido en vano si no logramos la meta de cambio y transformación que las circunstancias reclaman. El Precursor prepara el ánimo de quienes lo escuchan. Él mismo recorre el camino allanado y

advierte, desde la soledad y el martirio, que el Señor anunciado y esperado ha llegado. Ya no teme desaparecer, comprueba que su disminución humilde contribuye a que los otros entiendan. Es un gran hombre, sin duda, como Jesús mismo lo califica ante sus sorprendidos discípulos: "*Les aseguro que no ha nacido ningún hombre más grande que Juan Bautista..*".²



**Conviértanse:
está cerca el Reino de los cielos**
2º DOMINGO DE ADVIENTO

² Mateo 11, 11.